

## - REPRESIÓN -

"Entonces les digo a ustedes: ¡Hoy tengo un sueño!"

En ese momento, las luces se apagaron y el auditorio comenzó a aplaudir. Al comienzo, como siempre, fue un aplauso débil, comenzando con las típicas palmadas tímidas que no tienen claro si el espectáculo ha acabado o no; después, se les fueron uniendo más palmas, y gritos de "¡Bravo!", mientras yo limpiaba el sudor de mi frente y me disponía a saludar.

Ya no era ese personaje feliz de mi obra, pero tenía que esbozar una última sonrisa de agradecimiento a ese público que, pese al precio de la cultura, había ido a vernos esa tarde.

Fuimos saludando, una a una, al ritmo de una bonita melodía que me pone feliz a la par que triste. Feliz, por el momento que estoy viviendo, ahora, justo ahora, aquí delante de este público, con mis compañeras, y en los zapatos de un personaje que me hace creer que todo es perfecto durante un rato. Triste, también, por el momento que estoy viviendo, ahora, justo unos instantes antes de comenzar, y justo cuando el público se va y me quito los zapatos. Soy actriz en ese escenario, pero una mera espectadora fuera de él. Y me asusta lo que veo. Porque ahora no puedo improvisar, y las cosas suceden, ya no tengo el control.

Dejo mis zapatos en el teatro y me calzo mis deportivas, porque me siento bastante torpe andando con ellos y, en este mundo frenético, lo que necesito es algo que me permita andar rápido y con seguridad, como si no pudiera permitirme llegar tarde a los sitios, o como si todos los trenes fueran el último tren.

Empiezo a asumir la realidad. Mi personaje acepta tener matices míos, pero es tan egoísta que no me cede nada de su optimismo. De camino a casa encuentro tristeza. Gente tocando en el metro a cambio de unas monedas. Gente... Artistas. Un vagabundo durmiendo en el cajero de mi calle para resguardarse del frío. Irónico... Convertir en su casa la sucursal del banco que seguramente se la quitó. Gente pidiendo en el metro. Gente pidiendo en la calle. Coches. Lluvia. Y yo... Observando. No sé cómo actuar aquí. Y me gustaría comenzar un tímido aplauso y que todas estas gentes de repente saludaran, y se echara el telón y pudieran quitarse sus zapatos desgastados de mendigar y pudieran vestirse de gala y salir a bailar antes de ir a sus casas.

Pero no pasa. ¿De qué, entonces, soy espectadora? Si no hay ningún telón detrás de todo esto, ¿no debería actuar? Fue entonces cuando me di cuenta de que, quizá, estaba interpretando mal mi papel. Sí que podía actuar contra todo esto, y podía hacerlo desde mi teatro, desde mi personaje, en sus zapatos.

Decidí cambiar mi texto, improvisando según las necesidades de cada momento. Dejando caer pequeñas lumbres que encendieran la mente de mis espectadores. Quería intentar hacerles reflexionar, desde el optimismo de mi personaje, pero dejando asomar un ápice de crítica. Porque quería que todo el mundo, desde sus zapatos, de camino a sus casas, se fijaran en esos artistas, en esos sintecho, y que intentaran actuar. Pensé que el teatro, al fin y al cabo, debía servir para

protestar, para avivar las mentes. Durante un tiempo me había demostrado a mí misma o, más bien, me había hecho, o me habían hecho creer, que el teatro servía para entretener, el opio del pueblo. Allí, hasta yo era capaz de olvidar mis problemas, mis muertes, mis miedos, y esperaba sacar una carcajada o dos a mi público. Eso me hacía feliz, por un momento. Eran esos aplausos los que hacían que en mi cara apareciera una sonrisa cansada y unas lágrimas de emoción. Pero llegué a pensar que no era yo quien necesitaba esa sonrisa, que era horrible que un auditorio se llenara de risas y aplausos, ajeno a lo que ocurre dos calles más allá.

Empecé poco a poco, hablando sobre temas generales, más universales: la contaminación, el cambio climático... Cosas así, porque son tan globales que no parece que nos incumban a nivel local. Fui observando las reacciones del público. Al principio se reían, quizá por lo cómico de la situación, algo así no podía salir de la boca de mi personaje. Después, mis compañeras se unieron a la causa y fuimos convirtiendo nuestra comedia en una tragicomedia, como la vida misma. Ya no éramos unos personajes felices, ajenos a la realidad. Éramos unos personajes atados al aquí y ahora, unos personajes que sufren, unas mujeres violadas, unas mujeres maltratadas y castigadas por la sociedad.

Al llegar al aplauso ya no sólo eran sonrisas. La gente aplaudía mientras se secaba las lágrimas, y yo, con más lágrimas y sonrisa que nunca, me iba de allí satisfecha, sabiendo que a más de uno le habíamos hecho pensar. Ya era su decisión si, fuera del teatro, quería seguir como espectador, o si se decidía a actuar. Obviamente, hubo quien no entendía la crítica y se quedaba sólo en la comedia. Quien soltaba una carcajada en el momento más trágico. pero también hubo gente a la que la obra le impactaba desde el minuto uno y ni siquiera sonreía en los momentos cómicos.

La otra tarde me planté mis deportivas para dirigirme al teatro. Con mis penas detrás, con mis tristezas, con mis ganas de cambiar el mundo, dispuesta a subirme a la altura de esos zapatos. Al llegar, encuentro a mis compañeras en la calle junto a un cartel que reza que ese día no había función. Al rato, vimos aparecer un coche de policía y dos agentes se aproximan a nosotras para indicarnos el camino a comisaría. Parece ser que alguien oyó algo que no le gustó y deciden taparnos la boca.

Ahora todo es una incógnita. Estamos a la espera de una sentencia que diga si tenemos que pagar una multa o no, pero lo que tienen claro es que nos prohíben volver a realizar nuestra obra.

Mientras todo esto se soluciona, me decidí a escribir esto. Porque si no puedo hacer pensar desde el teatro, tendré que hacerlo desde los libros. Esos no los secuestran... ¿O sí?

Elena Sánchez Izquierdo